



Tertulia de la Rebotica. Museo de Barcelona

S O L A N A

Por JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI

Que conste que yo no conocía a Solana ni de vista; por eso, cuando, al subir al último piso de una casa del paseo de María Cristina, toqué el timbre; el golpeteo de mi corazón, sobre todo si se tiene en cuenta que acababa de trepar cien escalones, era bastante apresurado. Iba a conocer a uno de los mejores pintores vivos de España, representado ya en los museos y colecciones particulares de Europa y América, laureado en tantos y tantos Concursos... En fin, un gran señor del arte.

Me abrió un hombre más bien alto, de edad madura, con una chaqueta de «los Pirineos» sobre la camiseta y una bufanda. Un flequillo blanco echado a babor y un aire entre panaderil y clerical.

—¿El señor Solana?

—Soy yo.

—Vengo de parte de la Revista VÉRTICE.

—Pase, pase...

El comedor tiene un gran armario enristalado, lleno de libros, y una escalera de mano para cogerlos y dos aparadores. En el del fondo, sobre el mármol, hay un plato de porcelana con las espigas y rehuses de una faneca. Una leona de piedra, obra de un escultor ruso, me da la impresión de que va a alargar de un momento a otro el cuello hasta el plato.

Estoy solo en el comedor; pero en este momento aparece el pintor, atraillado por su hermano. El hermano es más elegante y fino; parece él el pintor. Usa camisa y corbata y hasta reloj de pulsera.

—Ande, siéntese, siéntese—me aconseja el pintor, ofreciéndome una silla.

—Ya sabíamos que iba a venir usted.

—Sí; pregunté en su Exposición las señas.

Me fijo de soslayo con un poco de insistencia; no hay duda; no usa camisa; pero tiene un aire sano, honesto, sin disfraces; un aire de esos de al pan, pan, y al vino, vino.

Le contemplo.

—Usted es de Santander, ¿no?

—Oriundo; pero nacido en Madrid.

El hermano va sacando los libros del pintor, pues en su juventud hizo *costumbrismo* y *viajes*, para que me los dedique.

Habla otra vez el pintor:

—Solana allí, en Santander, es un apellido muy corriente. Va usted por el puerto y oye entre los marineros que dicen: «Adiós, Solana.»

Calla un instante; luego añade:

—Cuando escribí *La España negra*, yo vivía entonces en Santander y viajaba mucho por todas partes; viviendo en pro-